



CAPITULO IV

San Luis de Potosí

No habían pasado muchos días de la llegada y la instalación del gobierno, cuando una mañana, á la hora que Pepe yacía aún entre sábanas, recibió un recado de su patrón y jefe.

— Hombre, dijo Guillermo, llega usted muy oportunamente, en el momento en que más le necesito. Se nos ha metido en la cabeza á Juan de Dios Arias y á mí hacer un periodiquito de chuela, de pura grosería contra los mochos y sus adictos. Ya tenemos el nombre: se llamará *El Monarca* y será un cauterio que les apliquemos á todos los traidores que se preparan á recibir á don Maximiliano de Austria, y un sinapismo para las viejas bribonas que manchan el nombre de mexicanas concurriendo á los bailes del sargentón Forey y aclamando á la archiduquesa patona que han armado de emperatriz... Claro

que llevará muñecos, y por cierto muy graciosos. Nos ha salido un caricaturista que da la hora. Va usted á ver cómo llama la atención y qué aplausos le dan: se apellida Villasana, y aunque imita á Escalante tiene un grandísimo talento propio... Vea usted si es de chispa el dibujo que acaba de presentarme: esta esfinge formada de botellas representa á Saligny; vea cómo el ojo tuerto lo tiene figurado con una copa, y el monoclo con el fondo de una botella de champagne. Estos que están aquí, con ademán de espanto, son los dos obispos, Labastida y Ormaechea. Labastida es el gordito, adamado, de buena cara; el guapo es el obispillo de Tulancingo, de quien dije en una vez:

Eres apuesto y galán,
Juan,
No hay hembra que te resista
Bautista;
Joven, vieja, linda ó fea,
Ormaechea...

El desdentado, cacarizo, que se está enredando en el sable, es el chato Salas, el regente. Oiga usted lo que les dice Labastida á sus compañeros al exorcizar al horrible Saligny: «Otro monstruo, otra esfinge; *exi-foras*»...

Pero, hombre, ¿qué está haciendo usted en pie? Siéntese y coja pluma, tinta y papel, que voy á dictarle; escriba la apología del sombrero ancho:

Albricias, lindo sombrero,
Porque el francés te detesta
Porque te aborrece Almonte
Y te prohíbe la Regencia. .
Sombrero charro, tú no eres
Para traidoras cabezas;
Sólo para el chinacate
Eres aureola y diadema,
Y como copa de fresno
Cuando su frente sombreas.



Escribieron luego una despedida á Forey, en versos de final cortado, los famosos *Patria y amores*, y por remate aquel *Úchile, úchile pagrecito*, que todo el mundo repetía y aplicaba con muchísima oportunidad.

— Ahora, siéntese, amigo, que no todo ha de ser trabajar.

¡Caramba si hace calorcito!... No extrañe usted que así le trate, exigiéndole que sea mi amanuense y dependiente

del correo: quiero conservarle á mi lado y la cosa está... que *temor diera*. Las cajas se carcajean con las tapas abiertas, el dinero anda por las nubes, las circulares suprimiendo empleados salen un día sí y otro también, y no sé qué vayamos á hacer si esto continúa... El gobierno se ve privado de todos sus recursos; nadie le fía ni un saco de alacranes, y cada gobernador de Estado toma todo ó la mejor parte de las rentas federales y aplica el dinerito para su servicio. Fastidiado Juárez de que tanto tiraran de las orejas al pobre de don Prudencio, les propuso á los señores gobernadores que se formara una masa de las rentas federales y de las locales, y que el conjunto se partiera por mitad: todos, por unanimidad de votos y sin ponerse de acuerdo, han respondido que no les conviene el plan. ¡Ya lo creo que no les conviene! como que se trata de arrancarles la mitad de lo que piensan les corresponde... ¿Y qué hace el gobierno? ¿Les deja? Se muere de hambre. ¿Les aprieta las cuñas? Se expone á que se rebelen pasándose al francés... Ya hemos reducido al mínimum la planta de los ministerios, de la secretaría del presidente, de la tesorería general, de la dirección de contribuciones, de la dirección de correos, de la dirección general del papel sellado, de todas las direcciones...

Ya se acuerda usted del decreto de 10 de Junio: á los empleados que resulten sobrantes se les irá colocando según sus méritos, y entretanto, el gobierno les aten-

derá conforme lo permitan las circunstancias del Tesoro. Y las malditas y reventadas circunstancias no han consentido que se dé á cada uno más de veinticinco pesos, con la condición de que salgan de la ciudad y se dirijan á donde lo tengan á bien. Y toda esa gente se va, no lo dude usted, á engrosar las filas del Imperio: ¿á quién le dan pan que llore?

Y habría seguido lamentándose Guillermo si no hubiera llegado á buscarle un sujeto alto, de buena cara, afeitado como sacerdote, los ojos azules, la nariz roma, blanquísima la sotabarba, los movimientos mesurados y el gesto de hombre que vale y puede.

— Guillermo, ¿vienes?

— Allá voy, Manuel, dijo el otro poniéndose en pie.

Y los dos amigos se alejaron de bracero, respetuoso el administrador general de correos, el otro preocupado y como exponiendo agravios.

II

Nadie puede imaginarse la inmensa animación que reinó en San Luis Potosí durante los días en que se instaló allí el gobierno constitucional. Se había extendido la idea, basada no sé en qué lucubración de algún político, de que la intervención no extendería su dominio á más de veinte leguas á la redonda de la ciudad de México, y

muchísimos que creyeron iban á continuar los mismos contratos, las mismas adjudicaciones y los mismos negocios de marras se propusieron seguir al gobierno y sentar de paso fama de patriotas.

Muchos que ignoraban los cuatro puntos cardinales y que no habían salido nunca más allá del Puente de la Leña, hablaban de convertir la patria en un gran desierto, de quemar las ciudades, de destruir las rancherías, de asolar las siembras, de arrasar los montes y de derramar las presas. Todos cantaban con fruición aquel famoso trocito de *Los Puritanos*, que fué protesta viva de la patria oprimida contra la invasión desatentada, y repetían unos versos conocidísimos entonces:

¡Guerra por la justicia y el derecho,
Guerra á la corrompida monarquía,
Guerra, y entre los brazos de mi patria
La libertad del orbe alumbre el día!

Unos proponían internarse en alguna de las Huastecas y hacer desde allí la guerra á lo Viriato y á lo Sertorio; querían otros meterse en alguna costa mortífera donde se murieran á montón los invasores... y los invadidos; y los más soñaban en picachos inaccesibles, en tierras pantanosas, islas y penínsulas que nunca habían visto ni tenían trazas de ver.

La inmigración de mexicanos llegó á San Luis arrolladora y deseosa de empresas. Ya se tenía noticia de que

la tierra se había señalado siempre por su patriotismo, por su lealtad y por su amor á los buenos principios. ¿Qué ocasión mejor, para redondear en ella alguna com-



SAN LUIS. — PALACIO DEL GOBIERNO

binación fructuosa y honrada, metiendo en casa aquel buen día?

La recepción de los potosinos había sido espléndida: sabedor el gobierno de que se trasladaba á su tierra lo que en otros felices tiempos se llamó la legalidad trashu-

mante, habían arreglado todo para que no desdijera de su fama de liberales y rumbosos, bien adquirida en épocas de prueba.

El gobierno local se trasladó al edificio en que de ordinario solía vivir el flamante obispo de la diócesis, dejando á los recién llegados el goce de la hermosa casa de orden dórico en que se albergaban los poderes del Estado. Juárez y su familia fueron á vivir al palacio; Lerdo se alojó en el hotel de San Luis y los demás próceres se distribuyeron en las principales casas de la población. Nada les faltó á los recién llegados: ni buen trato, ni generosidad, ni buenos deseos, pues la ciudad acreditó una vez más que merecía el nombre de San Luis de la Patria, que había recibido en la época de nuestra fatal contienda con los americanos.

Y cuenta que las circunstancias no eran para darse vuelo ni hacer fiestas: San Luis acababa de sufrir un golpe tremendo con la falta de su gobernador, el licenciado don Vicente Chico Sein, que acababa de perder el juicio á consecuencia de las terribles impresiones que había sufrido en aquellos días de prueba para el país.

Era don Vicente de un patriotismo tan acrisolado, que si bien había podido resistir sin gran quebranto las mil y una revoluciones, pronunciamientos, cuartelazos, asonadas, sorpresas, batallas y escaramuzas de nuestra época peor, tan pronto como se anunció la invasión ame-

ricana, el hombre clavó el pico y se sintió desmalazado y sin fuerzas.

Cuando vió llegar á San Luis el contingente que Santa Anna condujo para rechazar la acometida por el Norte, concibió esperanzas y llegó á creer en un triunfo próximo y seguro; y cuando llegaron falsas noticias de una victoria mexicana en la Angostura, pensó á pie juntillas que el famoso Dios de las batallas nos concedía un triunfo que pusiera espanto en el ánimo de nuestros enemigos; mas cuando empezaron á llegar á San Luis los dispersos, los heridos, los desnudos, los hambrientos, y todos á una aseguraron que el campo había quedado por los yanquis, y que lo que parecía un éxito cabal era una derrota tremenda, el hombre perdió los estribos y cantó los perejiles: un día en paños menores y envuelto en un zarape del Saltillo, salió á la calle gritando vivas á Dios, á la libertad y á la gloria, y fué menester que le detuviera piadosamente la mano amiga del licenciado Degollado para que no se arrojara á cometer mayores atrocidades.

Se le recluyó largo tiempo en una huerta cercana á la capital, y allí continuaba vegetando, sin esperanzas de remedio, cuando un médico americano, cabalmente de los que habían venido en la expedición, aconsejó al licenciado don Julián de los Reyes, pariente de Chico Sein y gobernador de San Luis, un arbitrio que se le figuró capaz de producir el efecto deseado.

Un día, luego que Chico Sein hubo tomado el baño frío que es de rúbrica para los locos, se emboscó entre la arboleda un golpe de dos ó tres mil indios acompañados de todas las músicas de San Luis y villas suburbanas. El grupo empezó á dar vivas á la patria y á celebrar á grandes voces los resultados de la última batalla, y como el pobre demente escuchara aquella algarabía, preguntara su significación y le contestaran que se celebraba el triunfo que acababan de obtener nuestras armas contra las de nuestros injustos enemigos, el buen licenciado se deshizo en lágrimas, sufrió un desmayo y al volver de él halló que se le habían caído del entendimiento las sombras caliginosas de la locura, que le habían hecho cometer tantos desaciertos y exponerse á tantas cosas risibles.

Durante la guerra de Reforma, don Vicente, que había llegado á gobernador de San Luis, ayudó grandemente al triunfo de los puros con su persona y con su influencia, y Degollado, Parrodi y Vidaurri hicieron justicia á aquella buena fe, á aquel patriotismo ardiente y á aquella firme y constante voluntad de conseguir para el país los beneficios de la civilización moderna.

Pero al anunciarse la intervención, todo el nervio y toda la energía del pobre viejo empezaron á decaer hasta un grado alarmante. Las conferencias de la Soledad le hicieron concebir grandes esperanzas; la resistencia de Puebla le entusiasmó á un grado máximo; pero cuando supo

que el gobierno abandonaba la capital y que se apoderaba de ella el invasor, se sintió más acongojado que nunca, figurándose como indudable la pérdida del suelo natal.

Un día, en el acuerdo del gobierno, empezó á dictar órdenes contradictorias y extravagantes, á manifestar opiniones raras y á ejecutar cosas que desdecían de su respetabilidad y de sus antecedentes; señales claras en que todos conocieron que se apagaba, quizás para siempre, el lumínar de aquella alma que no había sentido más anhelo que el bienestar de México.

El general don Francisco Alcalde, jefe de las armas en el Estado, asumió los dos mandos, político y militar, anunciándoles al pueblo y al gobierno el trastorno mental del señor Chico Sein. Este no volvió á recobrar el juicio, y á los pocos meses de la pérdida murió en su tierra adoptiva. Por cierto que allí estaban Juárez y los suyos, que hicieron justicia al ardiente y noble patriotismo del gobernador, si bien no pensaron que fuera el suyo ejemplo digno de imitarse.

III

Los potosinos, no los de las clases elevadas, que eran los simpatizadores del presunto imperio mexicano y que no querían descomponerse mediante una adhesión á la chinaca que después les quitara las probabilidades de